

Capítulo I

Performances textuales en la obra temprana de Judith Butler

Magdalena De Santo

*Las personas son reguladas por el género y este tipo de
reglamentación funciona como una condición de
inteligibilidad cultural para cualquier persona.*

Judith Butler, Deshacer el género

Generizar lo humano

Una de las principales preocupaciones de Judith Butler en sus obras más tempranas es la valoración social que reciben algunos sujetos en desmedro de otros. ¿Cómo algunos cuerpos están relegados al espacio de lo despreciable, de lo abyecto, en los límites de la inteligibilidad? ¿Cómo se produce la operación según la cual hay cuerpos que importan y otros que no tanto? ¿Por qué algunos viven en la esfera de lo “irrepresentable”, “invivable”, “inhabitable” mientras otros gozan de los privilegios de tener representatividad jurídica, política y, ante todo, semiótica? Para ejemplificar todos estos interrogantes, en una de sus tantas preguntas nuestra autora cuestiona: “¿Cómo actúa la hegemonía heterosexual en la formación de aquello que determina que un cuerpo sea viable?” (Butler, 2002: 39).

La obsesión butleriana parece girar alrededor del orden simbólico que nos constituye en “humanos”. Tal y como afirma Sabsay, Butler ronda por la “insistente pregunta sobre la configuración de lo representable” (Sabsay, 2009: 312). Se pregunta incansablemente por las normas de inteligibilidad y con ello

ilumina la necesidad y el valor ético-político de la representación semiótica. Por tanto, la fuerza de sus cuestionamientos pone en evidencia las condiciones (poco favorables) que debemos cumplir para llegar a la esfera de inteligibilidad de lo propiamente humano.

A partir de las preguntas en torno a la inequidad de la representación semiótica emerge la inquietud ética del trabajo de Butler, inquietud que resulta ser, a grandes rasgos, la pregunta por los efectos excluyentes del sistema simbólico. Un sistema simbólico de inteligibilidad heterosexual según el cual, bajo la óptica butleriana, llegar a ser humano implica necesariamente devenir inteligible como varón o mujer. En este sentido, Butler afirma que “la matriz de las relaciones de género es anterior a la aparición de lo humano” (Butler, 2002:25). Es decir, solo es pasible de representar lo humano mediante un tipo de codificación preestablecida. La matriz que nos permite codificar lo humano está conformada y se presenta ante nuestros ojos, ineluctablemente, en términos dimórficos.

Para tratar con la identidad y su semiosis, Butler reconoce que se deben investigar prioritariamente las condiciones de producción de lo humano, las estructuras semióticas que permiten la emergencia de personas en los términos constrictivos de los géneros (y los sexos). En suma, la cuestión fundamental resulta ser el análisis de las normas de inteligibilidad binarias. En palabras de Butler:

Sería un error pensar que el análisis de la “identidad” debe realizarse antes que el de la identidad de género por la sencilla razón de que las “personas” se vuelven inteligibles cuando adquieren un género ajustado a normas reconocibles de la inteligibilidad de género (Butler, 2001: 49).

Siguiendo la recomendación butleriana, nos encontramos con una de sus proposiciones primordiales, a saber, que ser humano implica estar *generizado*. No hay manera de salir de aquello que Gayle Rubin dio por llamar sistema sexo/género, aquel régimen inmanente que nos constituye en –insistimos en la disyunción–varones o mujeres (Rubin, 1996). Si tratamos con la humanidad, sostiene Butler, no podemos perder de vista que se encuentra dividida en dos grandes grupos; solo somos inteligibles *qua* varón o mujer. La norma de género binario es aquella que nos vuelve inteligibles. De ahí que entrar en el espacio

de la representación –y del reconocimiento– implica estar inscripto necesariamente en uno de los dos únicos géneros. En este sentido, concluimos, Butler *generiza* la humanidad.

Generizar el sexo

Del mismo modo que Butler rechaza la posibilidad de apelar a una identidad previa al género, otro tanto ocurre con el cuerpo sexuado. A nuestro juicio, en tanto la semiosis está sostenida en base al par masculino-femenino, el sexo anatómico también resulta una interpretación binaria y previamente *generizada* de la anatomía. El sexo para Butler, al igual que para Foucault, es una construcción; en esa línea, la filósofa apunta:

Y si ciertas construcciones parecen constitutivas, es decir, si tienen ese carácter de ser aquello sin lo cual no podríamos siquiera pensar, podemos sugerir que los cuerpos solo surgen, solo perduran, solo viven dentro de las limitaciones productivas de ciertos esquemas reguladores en alto grado generizados (Butler, 2002: 14).

Para nuestra autora, no es posible presuponer el sexo anatómico y cromosómico como dato incuestionable. Antes bien, el sexo se sostiene en base a una matriz que involucra una lectura binaria, se encuentra siempre inscripto dentro de un orden simbólico preestablecido que resulta ser dicotómico. De ahí que Butler afirma, “[s]i se impugna el carácter inmutable del sexo, quizá esta construcción llamada “sexo” esté tan culturalmente construida como el género, con la consecuencia de que la distinción no existe como tal” (Butler, 2001: 40).

Dado que los esquemas de inteligibilidad funcionan dentro de un ordenamiento binario, si la representación en el discurso se establece en términos de pares, la diferencia sexual –a los ojos de la autora– resulta codificable de antemano siempre como masculina o femenina, esto es, de manera *generizada*.

Aquí la preocupación de Butler ya no gira en torno a lo femenino o masculino en sus incorporaciones, sino a los fines estratégicos por los cuales el sexo funciona como dato prediscursivo. Repetimos, el género es ante todo entendido aquí como un dispositivo de organización de lo humano. Vale decir, un aparato discursivo y cultural que *produce* un sexo naturalmente dimórfico. En consonancia con ello, cuando decimos que tal anatomía es femenina, no hacemos otra

cosa que reinscribirla en un orden que establece con antelación que tal “dato” pertenece a un género específico. Si el género es la interpretación cultural de la diferencia sexual, para nuestra filósofa el sexo es, de suyo, con género. Si esto es así, “entonces no tendría sentido definir el género como interpretación cultural del sexo, si este es ya de suyo una categoría dotada de género” (Butler, 2001: 40).

Corre todavía mucha tinta sobre el emplazamiento del sexo por el género. Ante todo, la corriente feminista de la diferencia sexual contemporánea abrió un debate muy fructífero y problemático para Judith Butler. Puntualmente, la corriente de la diferencia de la tercera ola supo poner en cuestión la yuxtaposición de los planos epistemológicos y ontológicos. Es decir, refutó principalmente que el análisis de la sexualidad dimórfica, si bien está condicionado por esquemas epistemológicos binarios, no se agota en los mismos.¹ De más está decir que este es apenas un señalamiento de algunas de las discusiones con relación a los alcances que tiene el género como categoría en cada una de las tradiciones. Por el momento nos resulta suficiente advertir que en el marco butleriano esta tiene un protagonismo capital, de manera que la crítica al género adquiere también una vasta potencia.

En resumen, para nuestra autora, sexo no es más que género y este último, a su vez, no es otra cosa que la división contingente de lo humano. A partir de esta posición, entonces, Butler puede insistir en que la partición binaria de la humanidad, en tanto histórica y contingente, puede ser transformada.

Alternativa a un dilema: la construcción performativa

Aceptar que el sistema simbólico se encuentra generizado no es una idea novedosa dentro de la teoría feminista. No solo la ya mencionada Gayle Rubin, sino también Teresa De Lauretis, por citar otro ejemplo, afirman que “el género tiene la función (que lo define) de *constituir individuos* concretos en cuanto hombres y mujeres” (De Lauretis, 2000: 39; la cursiva es nuestra). Asimismo, podemos rastrear que esta autora da cuenta de la imposibilidad de escapar al orden simbólico que nos constituye y que, al mismo tiempo, consagra la incidencia que tenemos sobre el mismo.² Lamentablemente, el pensamiento de Butler no alude en forma explícita a De Lauretis. En cambio, se inclina a efectuar una

¹ Para ampliar esta discusión remitirse a Braidotti, 2004. También, la propuesta de Meijer, 2009.

² Ver especialmente De Lauretis, 1996 [1989].

constante interpretación de otras autoras que, a los ojos butlerianos, mantienen supuestos que se liberan del orden simbólico y normativo que nos constituye.

Según nuestro entender, la propuesta butleriana se esmera en no olvidar nuestra inscripción en el orden simbólico, a la vez que intenta no excluir de su esquema la capacidad de acción individual. Aquí, estar sujetos a reglas no implica estar determinados ni, a la inversa, estar en una posición absolutamente libre para elegir las normas simbólicas que nos forman. Si esto es así –y aquí juzgamos radical la novedad de Butler– con la performatividad como modelo de construcción se abre un relativo espacio de autonomía. El *giro performativo* que propone Butler es resultado de un incesante diálogo con otras elaboraciones teóricas: constituye una *posición epistemológica intermedia* entre el voluntarismo de corte subjetivo (que requiere de una identidad previa) y un determinismo de corte sociológico (que requiere de leyes fijas). Tal y como afirma David Córdoba García:

El interés de la teoría performativa de la identidad de Judith Butler reside, desde mi punto de vista, en que ha conseguido articular una propuesta teórica sobre la constitución de la identidad sin caer en el voluntarismo subjetivista, ni el esencialismo [determinismo] sociologista (2003:3).

A partir de esta afirmación, en lo que sigue intentaremos mostrar cómo se va estructurando la propuesta constructivista butleriana en el marco de una tensión entre los extremos epistemológicos del voluntarismo y el determinismo. Es decir, revisaremos que la filósofa configura y delinea los límites de su propia alternativa en diálogo con otras autoras y corrientes, alternativa que damos en llamar aquí *construcción performativa* de género de cara al dilema epistemológico que planteamos.

Con un gesto que algunos podrían considerar una “hermeneusis forzada”, la estrategia metodológica que la filósofa utiliza en *El género en disputa* muestra que –por tomar solo algunos ejemplos– Simone de Beauvoir y Monique Wittig (con proyectos diferentes) se basaron en presupuestos metafísicos necesarios. Para Butler, ambas autoras francesas sostienen un orden “más allá” del género que, en sus palabras, “parece desplomarse con la polaridad filosófica entre libre albedrío y determinismo” (Butler, 2001: 41).

En efecto, en la relectura crítica que expone Butler sobre de Beauvoir al

comienzo de *El género en disputa*, advierte que en las formulaciones beauvorianas existe un sujeto anterior a la identidad genérica. Según Butler, se trata de una entidad que puede libremente tomar decisiones sobre cómo ha de vivir la femineidad direccionada teleológicamente. Bajo esta lectura, en el proceso de llegar a ser mujer, de devenir mujer, se supone como preexistente algo/alguien que decide sobre su propia constitución subjetiva. Ello, para la autora, implica seguir sosteniendo impoluta la dicotomía naturaleza-cultura. Concretamente, el sexo como núcleo duro e irreductible y la cultura como exterioridad. Aun cuando de Beauvoir muestra la necesidad de pensar la situación; aun cuando su célebre frase: “mujer no se nace, se llega a serlo” pretende iluminar la situación que nos confina al espacio simbólico de lo Otro, Butler considera a de Beauvoir como una teórica voluntarista del género.³

Un argumento similar, pero invertido, utiliza Judith Butler cuando repasa críticamente la propuesta de Monique Wittig. Públicamente Butler manifiesta la admiración que tiene por los textos ficcionales de la pensadora lesbiana, y otro tanto respecto de sus propuestas teóricas tales como la conceptualización de la naturalización del género mediante la gramática. En especial, muestra un profundo interés y admiración por la obra *Le corps lesbien* (1977). No obstante, la norteamericana acusa a Wittig de esgrimir estrategias epistémicas universalizadoras. Específicamente, observa la presunción de un algo prediscursivo que se encuentra asediado por la determinación del sistema heterosexual. En tanto tal, solo mediante la abolición de dicho sistema sería posible, para Wittig, alcanzar una libertad personal exonerada completamente de la economía heterosexual. En palabras de Butler, “Cuando parece que Wittig apoya un proyecto radical de emancipación lesbiana y hace valer la distinción entre “lesbiana” y “mujer”, lo hace mediante la defensa de una ‘persona’ anterior al género” (Butler, 2001: 53).

En aras de mantener la inmanencia del poder, y siendo fiel al planteo foucaultiano, Butler arguye contra la radicalidad de Wittig que el cuerpo culturalmente construido nunca puede eximirse por completo de su construcción. Según la perspectiva de Judith Butler, no se trata de retornar a una instancia libre de la opresión cultural en nombre de una entidad anterior que alcanza

³ Para ampliar este debate ver Femenías, 1998a, 1998b, 2003. A grandes rasgos, estos artículos muestran que la lectura de Butler atribuye un número importante de supuestos metafísicos, que se encuentran más propiamente en la obra de Sartre y no en la de Simone de Beauvoir.

voluntariamente su liberación. De lo que se trata, antes que nada, es de generar un futuro con posibilidades culturales más amplias.

De este modo, a grandes rasgos, Judith Butler critica la existencia de un “sujeto” que pueda vivir por fuera del ordenamiento de género vigente. Tal como supo mostrar Gayle Rubin, pensar un sujeto que se libra del sistema sexo/género, implicaría pensar un sujeto desencarnado, autónomo y radicalmente fuera del entramado de las relaciones de poder que lo han instituido como tal. A fin de cuentas, las observaciones que hace Butler tanto a Wittig como a de Beauvoir se centran en que cada una de ellas ha reproducido los valores del humanismo, cuyo sujeto cuenta con una capacidad trascendental y universal que le permite sortear los límites culturales en los que fue formado.

Ahora bien, siguiendo la pista de los extremos epistemológicos, hemos considerado en especial la objeción a todo sitio prelingüístico anterior a la construcción. En este sentido, *Cuerpos que importan*, como testifica Andrea Torricella, “es un texto cardinal puesto que es aquí donde Butler agudiza y ajusta más la relación entre cuerpo y performatividad” (Torricella, 2009: 232). En la mencionada obra, Butler insistentemente pretende desligarse del problema del determinismo. Nos encontramos con una filósofa preocupada por una interpretación limitada de la construcción performativa, a saber, como aquella que se olvida del cuerpo o que lo fija a través del lenguaje. En síntesis, la autora trata de rendir cuentas a una lectura que posiciona a la performatividad en un tipo de constructivismo radical cercano al monismo lingüístico.

Lo que se genera es un debate exasperado del que muchos nos hemos cansado: o bien (1) el constructivismo se reduce a una posición de monismo lingüístico, según la cual la construcción lingüística se considera generativa y determinante, y, en este caso, podemos oír decir a los críticos que parte de esta presunción. “Si todo es discurso, ¿qué pasa con el cuerpo?” (Butler, 2002: 24).

Judith Butler reconsidera críticamente las estrategias que admiten al cuerpo cristalizado en estructuras sociales/lingüísticas fijas y el supuesto según el cual “no hay más allá del lenguaje”. A nuestro juicio, este es el caso de un *hiperconstructivismo* del que la autora intenta distinguirse. De cara a esta posición de tipo nominalismo radical –que determina completamente la

actividad de los sujetos y que excluye la posibilidad de transformar el estado de cosas mediante los actos singulares y colectivos– Butler se inclina por el concepto de performatividad entendido en términos de reiteración. A su vez, ello la habilita a pensar un “haciendo”, antes que un “hacer” que demanda un sujeto de la acción. En efecto, el nuevo constructivismo que defiende Butler puede sintetizarse mediante su propio interrogante: “¿Cómo puede haber una actividad, un acto de construcción, sin presuponer la existencia de un agente que preceda y realice tal actividad?” (Butler, 2002: 25). Niega de este modo que el agente cabal de la construcción sea algo (como el lenguaje) o alguien (como la persona), rechazando así tanto las estructuras fijas como la apelación a algún estrato metafísico del sujeto individual que origine la construcción.

Nos interesa retornar al dilema epistemológico. Por mencionar un ejemplo, en la interpretación de Puleo de la obra de Celia Amorós, la autora ubica a Judith Butler en la corriente posmoderna del nominalismo radical, cercano al monismo lingüístico de corte determinista (Puleo, 1999). No obstante, según consideramos, Butler está alerta para no provocar una reedición acrítica de este inconveniente. A nuestro juicio, nada más ajeno a las intenciones de la autora que convertirse en una nominalista extrema, pues toda su plataforma teórica procura dar cuenta de un exceso de lo estructurado, de la actividad, de la agencia, tratando de evitar a todas luces una epistemología oclusiva.

Así y todo, es cierto que su recepción supuso, en más de una oportunidad, una concepción en la cual es posible “elegir” nuestra identidad genérica y, en el otro extremo, se la ha acusado de perder de vista el cuerpo “real” de las mujeres. Por ello, podemos comprender las acusaciones de voluntarista y/o nominalista radical como sintomáticas del dilema que la propia Butler puso sobre el tapete. Críticas que, por su parte, la autora procura responder en *Cuerpos que importan* sin aclarar su procedencia.⁴ Al fin y al cabo, estas pueden ser críticas internas donde los mismos problemas teóricos que advierte la autora sirven para argumentar en su contra.

Amén de la legitimidad de dichas críticas, consideramos que la performa-

⁴ Si bien Butler no especifica la procedencia de las acusaciones, probablemente Sheila Jeffreys esté implicada en este debate. En efecto, Jeffreys arremete contra Butler y afirma “Basta decir que la idea del carácter inevitable del género y del falogocentrismo me parece una visión brutalmente determinista y pesimista que consigue anular el proyecto feminista de los últimos veinte años” (Jeffreys, 1996: 55).

tividad pretende ser una modalidad epistemológica intermedia (aunque a veces no lo logre) que viene a desnaturalizar la diferencia sexual y poner coto a los debates entre voluntarismo y determinismo de corte nominalista. Este punto quizá sea uno de los aportes más significativos que Butler haya provisto desde el campo cultural a las ciencias sociales. Aporte que hemos denominado aquí *giro performativo*.

El doble gesto de la performatividad de género

Al comienzo de este artículo hemos desarrollado, incipientemente, la tesis de la performatividad de género en tanto crítica hacia: a) un sistema simbólico general y excluyente, y b) otras autoras que se ocuparon del género en tanto construcción. Ahora bien, quisiéramos poner en valor que la performatividad no solo permite objetar modelos teóricos coercitivos y excluyentes, sino que además pone en circulación una nueva ontología de género. Este doble gesto —crítico y ontológico— es el que intentamos poner de relieve a fin de orientar la potencia de nuestra categoría; en cuyo caso, se eleva a una nueva propuesta contingente y basada en la acción con pretensiones de perturbar la hegemonía cultural.

Por un lado, la filósofa reprocha las tradiciones teóricas que sostienen una causa originaria que justifique los actos, tradiciones estas que bajo la perspectiva butleriana impiden dar cuenta de los supuestos hegemónicos que construyen a los sujetos. En este sentido, la performatividad habilita a la norteamericana a lanzarse contra los modos sustantivos o, como ella misma los denomina, contra las teorías que se basan en la *metafísica de la sustancia*. Por otro lado, la *performatividad* de género compone una modulación afirmativa, una contracara positiva que asevera al género como performatividad. Según consideramos, el aspecto positivo se encuentra cuando el género es redescrito por Butler como un conjunto de gestos, actuaciones, indumentaria, y todo tipo de discursividad impresa en el cuerpo, sea hablada o no. En suma, el género es afirmado ontológicamente también como una *estilización corporal* que no requiere un hacedor preexistente, sino como el efecto de una historia sedimentada en los cuerpos, resultado de una reinvocación y reinterpretación de otros actos lingüísticos y corporales. Por ello, el género es concebido, por una parte, de manera negativa y crítica hacia un sistema social. Por otra, de manera positiva y propositiva de actos. Esta última concepción contiene un

supuesto que si bien es ontológico, no deja de ser singular por su carácter contingente. En palabras de Butler:

Tales actos, gestos y realizaciones –por lo general interpretados- son performativos en el sentido de que la esencia o la identidad que pretenden expresar son inventos fabricados y mantenidos mediante signos corpóreos y otros medios discursivos. El hecho de que el cuerpo con género sea performativo indica que no tiene una posición ontológica distinta de los diversos actos que constituyen su realidad (Butler, 2001: 167).

La propuesta ontológica reconoce que el género “es” una serie de imitaciones de otros actos, gestos y prácticas. El género tomado como efecto de acciones reiteradas, sustantivizado –y no sustantivo–, naturalizado –y no natural–, es explicado por Butler mediante una categoría dinámica que puede liberarse de un agente previo a la acción. Tal como lo sostuvo Nietzsche, *no hay hacedor detrás del hacer* que justifique la identidad sustantiva; la performatividad butleriana se sostiene solo en virtud de una constante *performance* iterable.

En definitiva consideramos que la performatividad contiene un doble gesto. En sentido crítico, pretende desarticular el marco simbólico heterosexual que inscribe a las personas si y solo como mujeres o varones, como a las teorías que se apoyan en dicha matriz conceptual. De ahí que la teoría de la performatividad pone en cuestión el impulso que nos arrastra a que actuemos bajo la modalidad de la creencia binaria, que nos empuja a repetir los gestos, prácticas y significaciones del género establecido. El segundo gesto que queremos rescatar muestra, por su parte, que si *interpretamos obligatoriamente* lo femenino o lo masculino, también en un sentido positivo, solo existen insistentes reactuaciones corporales de los mismos que transforman su sentido. Por esta razón, aun cuando proliferan mujeres femeninas y varones masculinos, la ontología performativa no conlleva su necesidad.

Todavía más, en tanto existen modalidades disidentes que actúan fuera de lo establecido, la performatividad de género como ontología alternativa puede explicar la identidad travesti o trans de varones y mujeres. Este es, al parecer, el beneficio más significativo que Butler busca defender. En efecto, si positivamente en el hacer está la clave del género, existe la posibilidad de actuar de otros modos, de describirlos de otras maneras y de generar con-

diciones de legitimidad política más amplias. Por ello, sostenemos que el permiso del que se sirve Butler –de pensar el género como *performance*– convierte su reflexión en una alternativa política. En tal caso, ello le permitió introducir en el canon filosófico la cuestión de los géneros y las sexualidades divergentes, cuestiones hasta el momento suficientemente invisibilizadas.

Bibliografía citada:

- Braidotti, R. (2004). *Feminismo, diferencia sexual y subjetividad nómade*. Barcelona: Gedisa.
- Butler, J. (2001). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. México: Paidós.
- Butler, J. (2002). *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del sexo*. Buenos Aires: Paidós.
- Córdoba García, D. (2003). Identidad sexual y performatividad. *Athenea Digital*, 4: s/p.
- De Lauretis, T. (1996 [1989]). Las tecnologías de Género. *Mora*, 2: 6-34.
- De Lauretis, T. (2000). *Diferencias. Etapas de un camino a través del feminismo*. Madrid: Horas y Horas.
- Femenías, M. L. (1998a). Butler lee a Beauvoir: fragmentos para una polémica en torno al sujeto. *Mora*, 4: 3-27.
- Femenías, M. L. (1998b). Butler y Beauvoir en diálogo imposible. *Travesías*, 8: 43-53.
- Femenías, M. L. (2003). *Judith Butler: Una introducción a su lectura*. Buenos Aires: Catálogos.
- Jeffreys, S. (1996). *La herejía lesbiana: perspectiva feminista de la revolución sexual*. Madrid: Cátedra.
- Meijer Costera, I. (2009). Cómo los cuerpos llegan a ser materia. Una entrevista con Judith Butler. En *El cuerpo, territorio del poder*. Barcelona: Ediciones P.I.C.A.S.O.
- Puleo, A. (1999). Un pensamiento intempestivo: la razón emancipatoria ilustrada en la filosofía de Celia Amorós. *Isegoría. Revista de Filosofía Moral y Política*, 21: s/p.
- Rubin, G. (1996). El tráfico de mujeres: notas sobre la economía política del sexo. En: Lamas Marta (comp.). *El género la construcción cultural de la diferencia* (pp. 35-96). México: PUEG.
- Sabsay, L. (2009). Tras la firma de Judith Butler. Una introducción posible a los ecos de su escritura. *Revista de Antropología Iberoamericana*, 4(3): 311-320.
- Torricella, A. (2009). La relación lenguaje-cuerpo-performatividad en la obra de Judith Butler: una cartografía. En: *Debate Feminista*, 20(40): 229-239.
- Wittig, M. (1977). *El cuerpo lesbiano*. Valencia: Pre-textos.